

CARLITOS Y SUS FABULOSOS AMIGOS, MÍ Y TÚ

HISTORIA A MEDIO CAMINO
ENTRE LO HUMANO Y GATUNO,
QUE TODOS LLEVAMOS DENTRO

FRANCISCO NAVARRO GALINDO

franaga17@gmail.com

Yo nací un mes de febrero en el patio de casa. Éramos cinco hermanos que vinimos al mundo en la misma camada, tres machos y dos hembras, pero a pesar de ser de la misma raza, British shorthair, nuestros mantos eran de colores diferentes. Yo nací de color gris claro azulado, un hermano era algo más oscuro y el siguiente un tabby atigrado, de mis hermanas una salió blanca y la otra rubia con manchas, signo evidente de la diversificación de nuestros progenitores machos y la excesiva promiscuidad de las hembras.

Como todos los gatos tardamos casi diez días en abrir los ojos, los cinco nos apretujábamos en torno a los pezones de nuestra madre para alimentarnos y gozar del calor que ella nos brindaba, a la vez que disfrutar de los lametazos cariñosos con los que nos limpiaba y acariciaba constantemente y, cuando comenzamos a movernos por nuestra cuenta, intervenía para impedir que nos hiciéramos daño con los saltos y cabriolas que dábamos para ejercitarnos y jugar mientras crecíamos.

Manel y Rosa eran una pareja de sordomudos de mediana edad propietario de la casa de la cual mis padres, al parecer, se habían aposentado y apropiado tiempo atrás, gozaban del aprecio y la

confianza de mis progenitores que se movían por ella con la libertad y soltura, propia de quienes consideran que les estaban haciendo un favor al resto de inquilinos, permitiéndoles compartir su existencia. Nuestros cuidadores nos proporcionaban diariamente comida, agua y alguna chuchería para entretenernos. Nuestra madre se dejaba coger y tocar por ellos, y nosotros entendimos que eso era lo normal y deseable, todos nos acostumbramos al olor y las caricias de los humanos, no a sus palabras puesto que ellos no podían articularlas, pero si a la suavidad y delicadeza con que nos trataban, era evidente que gozaban con nosotros y, como es lógico, satisfacían nuestras constantes ganas de jugar y pasarlo bien, nos lanzaban pelotas para perseguir, cajitas para escondernos dentro, pedazos de madera rugosa para hacer uñas y llamaban nuestra atención agitando una varita con plumas en el extremo que eran nuestra delicia, por cuanto solíamos saltar e intentar cogerla a pesar de que era rara la vez que lo conseguíamos.

Claro, a ellos les encantaban los gatos, pero siete felinos eran demasiados para convivir en la misma casa, había que deshacerse de algunos de nosotros. Fueron casi tres meses de felicidad compartida que ahora, pasado el tiempo, recuerdo como una bruma

lejana y aterciopelada que relaciono con mis orígenes, un tiempo que ya pasó y que recuerdo vagamente.

II

Cuando íbamos a cumplir los tres meses, estaba yo jugando con mis hermanos, cuando Manel y Rosa recibieron una visita en nuestra casa, se trataba de una pareja desconocida para nosotros. Los recién llegados se saludaron afectuosamente considerando que hablaban gesticulando forzosamente para que ellos pudieran leer las palabras en sus labios. Rosa se acercó hasta donde estábamos nosotros, me levantó del suelo y me aproximó al hombre que la acompañaba y que me señalaba con el dedo, éste me cogió entre sus grandes manos que casi me cubrían por completo y me aproximó a su rostro, yo estaba temeroso de aquel ser tan grande que me sujetaba con firmeza para sostenerme, pero con ternura, como si fuera un frágil copo de algodón plateado. El desconocido sonreía y me hizo unas muecas que yo, entonces, aun no sabía interpretar, pero pasó uno de sus dedos masajeando repetidamente sobre mi cabeza, yo le miraba con los ojos muy abiertos al tiempo que deseaba que me dejara en el suelo para continuar junto a los míos.

- Apenas pesa trescientos gramos, dijo aquél a su compañera. Pero es guapísimo ¿Crees que le gustará a Carlitos?

- No lo sé, veremos a ver si reacciona, dijo, el médico ha recomendado que le proporcionemos una mascota para que mejore de su autismo. ¡Dios lo quiera!

Mientras la mujer hablaba mi hermano, el tabby, se le subió sobre el zapato y le obligó a prestarle atención.

- ¿Has visto a éste, Juan? ¡Que gato más guapo!, lo levantó del suelo y lo puso a mi altura, como si compararan, escogieran o valoraran entre ambos.

- Los dos son preciosos, respondió aquél, pero habrá que decidirse ¿No crees?

- ¿Por qué no nos quedamos con los dos? Así podrían jugar entre ellos y con Carlitos.

- Podemos intentarlo, pero todo dependerá de cómo los acepte el niño. Deberíamos proponer a los criadores que nos los dejaran a prueba un par de días antes de realizar la compra en firme, no por el dinero, sino por ver cómo reacciona Carlitos ante estos dos preciosos animalitos.

- Propónselo, respondió Ana, a ver que les parece.

Juan se pasó un rato intentando hacer comprender a Manel, cuál era su propuesta, entre las muecas, los gestos y la ayuda inestimable del teléfono que les permitió hablar por WhatsApp llegaron al siguiente acuerdo. Ellos recibirían una cantidad a cuenta por ambos gatos, pero nosotros los tendríamos a prueba durante un par de días, transcurridos estos y dependiendo de cómo fuera la reacción de nuestro hijo - esa era en definitiva la razón de nuestro interés por las mascotas - le entregaríamos el resto del importe y nos los quedaríamos definitivamente, en cuyo caso correrían de nuestra parte los gastos de documentación y veterinario, o se los devolveríamos para que pudieran buscarle adoptantes idóneos a los “mininos” y nosotros perderíamos la paga y señal adelantada.

III

Por lo visto llegaron a un acuerdo, Juan les entregó unos billetes de color marrón y a mi hermano y a mí, sin dejar que nos despidiéramos de nuestra madre ni hermanos, nos metieron en la oscuridad de una caja de cartón con agujeritos y se nos llevaron de allí. Durante un tiempo indeterminado, y a oscuras, sufrimos el vaivén de un trayecto en coche hasta llegar a lo que iba a ser nuestro nuevo domicilio, mi hermano comenzó a maullar llamando a mamá, yo no tardé en

acompañarle aquello era una situación nueva y desconocida para nosotros.

- Silencio, ya llegamos, comentó Ana intentando tranquilizarnos, cinco minutitos más y estaremos en casa.

Pero nosotros continuamos quejándonos. Al poco rato el vehículo en que viajábamos se detuvo. Juan, lo identifiqué por el olor, cogió la caja y nos metió dentro de la casa.

- ¡Carlitos!, ¡Carlitos! Ven, mira quienes han venido.

Pero Carlitos no acudió a la llamada de su madre. El niño tenía siete años, padecía de autismo severo, permaneció junto a la ventana mirando sin expresar emoción alguna aquella caja blanca llena de agujeros, adornada con un voluminoso lazo rojo. Mi hermano y yo volvimos a maullar deseando salir de nuestro encierro, el niño oyó nuestras voces y se acercó tímidamente intrigado por el contenido del envoltorio.

Ana, mirando a su hijo cariñosamente, tiró del lazo lentamente hasta retirarlo, nosotros empujamos la tapa hacia arriba y ésta se desplazó hasta permitirnos asomar la cabeza a ambos. Tanto rato sin ver la claridad del día la luz nos deslumbró y no advertimos el rostro de Carlitos que nos miraba con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, sin duda sorprendido al vernos salir de nuestro encierro.

Buscábamos a nuestra madre y el entorno que nos era familiar; pero todo era distinto.

Juan me cogió de sobre la mesa y me acercó a Carlitos, sus ojos brillaban con una extraña luz desconocida, el niño extendió la mano y me tocó el lomo. Yo le lamí la mano, mi lengua áspera le produjo cosquillas, luego me acarició la cabeza al tiempo que mi hermano le tiraba de un botón de la camisa y lo distraía.

- ¿Has visto, Juan?, el niño ha esbozado una sonrisa, reacciona, sabe que son seres vivos. Ana lanzó una pequeña pelota al suelo que llamó nuestra atención ¿cómo resistirse a semejante provocación?, los dos salimos corriendo en pos de ella, Carlitos se aproximó cogió la pelotita y nos la lanzó un poco más lejos, nosotros salimos saltando a su encuentro y esperábamos que aquél ser menudo, comparados con sus padres, repitiera la operación, cogiera la pelota y la volviera a lanzar para seguir con el juego, pero Carlitos se quedó parado mirándonos como intentando comprender cuál era nuestro deseo, fue mi hermano quien se acercó a él empujando la pelota con la pata, el niño entendió y la lanzó a cierta distancia de nuevo. El día resultaba pletórico de emociones nuevas, después de jugar, lógicamente, teníamos hambre, Ana nos proporcionó un recipiente con aguas y otro con comida que nos permitió recuperar la

energía suficiente para comenzar a explorar la casa, hasta encontrar una cajita con arena que habían depositado para que nos aliviáramos e hiciéramos nuestras necesidades.

Carlitos se desentendió de nuestras travesuras durante un rato y se refugió en su habitación a descansar. A media tarde, Rosa, pendiente de sus reacciones, se asomó por la puerta y nos encontró a los tres durmiendo en la misma cama. Carlitos parecía feliz, nosotros agotados de saltar y jugar, nos apretujamos a su costado para recibir el calor del niño, su madre nos tapó a los tres con una mantita y nos dejó seguir haciendo la siesta

IV

Carlitos asistía a sesiones de terapia en una escuela especializada para niños autistas, gracias a sus desvelos y a los de sus padres, el niño sabía relacionar de una forma somera, que nosotros aprendimos a entender, a su manera manifestaba cosas relativas a su entorno usando un lenguaje de gestos y pocos monosílabos. Me llamó la atención un muñequito de látex que sonaba cuando lo oprimías y me dispuse a retozar con ganas sobre él, a mi hermano le faltó tiempo

para venir a disputármelo, el revuelo fue notable y Carlitos nos lo hizo saber:

- Es Mí, me dijo cogiendo el muñeco. Tú, no, comentó dirigiéndose a mi hermano.

Juan y Rosa se acostumbraron a que dijera Mí, cuando se refería a mí o utilizara Tú, cuando lo hacía con mi hermano, entendieron que Carlitos nos acababa de “bautizar”, a ellos les parecieron unos nombres acertados para nosotros y los incorporaron de inmediato al acerbo y trato familiar. Parecía claro que Carlitos nos aceptaba, jugaba con nosotros y nos había integrado en su cerrado mundo interior.

Ana y Juan se pusieron en contacto con los que habían sido nuestros criadores, pagaron lo estipulado y, seguidamente, aprovechando que Carlitos debía asistir a la escuela especial que le atendía, nos llevaron en un trasportín a casa de un señor con bata blanca que nos examinó concienzudamente, dientes, orejas y ano, luego nos auscultó con un aparato sujeto a sus orejas y nos pinchó repetidas veces, una para vacunarnos y otra para colocarnos un chip identificativo intradérmico. Pasamos a ser las mascotas oficiales de la familia, teníamos documentación, pedigrí y papeles, eso al parecer tenía ventajas e inconvenientes que aún no conocíamos. De nuestra

madre biológica y el resto de nuestros hermanos ya sólo quedaba un recuerdo lejano que la vida real constantemente alejaba.

Saliendo de la primera visita que realizábamos a nuestro veterinario, Ana y Juan nos llevaron a un establecimiento especializado y nos colocaron una medallita plateada con una cinta elástica, amarilla la mía y roja la de mi hermano que llevaba grabados nuestros nombres, Mí y Tú, a la vez que un número de teléfono para que llamaran, si nos extraviábamos, quienes nos encontraran. Cuando finalmente regresamos a casa, olvidamos el mal rato pasado, teníamos un hambre y unas ganas de jugar tremendas.

V

La bocina del autobús escolar sonó frente a la puerta, Ana salió a recoger a Carlitos, éste llegaba de la mano de la profesora.

- ¡Hola Ana!, hoy está muy serio, dijo refiriéndose al niño, ha estado toda la tarde cerrado en sí mismo como una ostra, por más que he intentado motivarle no ha respondido, posaba la mirada por debajo de las mesas como si buscara algo y se desentendía de mí.

Carlitos se soltó de la mano de Carmen, la profesora, y se dirigió a la puerta de entrada sin detenerse. Su madre le abrió y ambas mujeres entraron tras él extrañadas por sus prisas. Lo entendieron de inmediato, Tú y yo, estábamos debajo de la mesa jugando con la pelota, Carlitos sonriendo se agachó junto a nosotros y nos lanzó la bola para que la siguiéramos.

- ¡Vaya!, dijo Carmen, tiene amigos ¡menudo descubrimiento! No te acerques, deja que interactúen entre ellos. ¡Los estaba buscando en la escuela!

- Pues los gatos están aquí desde hace tres días Carlitos mismo les puso nombre Mí y Tú, incluso duermen juntos, añadió Ana.

- ¡Si no lo viera no lo creería!, llevamos dos años de terapia sin respuesta y ahora la presencia de dos cachorritos pueden ser la llave que nos permita acceder al interior de su mente. Ana, quiero que lo observes con detenimiento y anotes en un papel los cambios que notes en sus reacciones, debemos conseguir ser un gato más para él y descubrir cuáles son sus pensamientos y emociones.

- ¿Ser un gato más? ¿Cómo se consigue eso?

- Jugando con los tres, haciendo que todo sea un juego de participación entre todos.

- Carlitos, me cogió del suelo y me acercó al tazón del agua.
 - ¡Mira!, tienen sed, lo está diciendo
 - ¿Sabe que Mí, tiene sed?
 - No, es Carlitos quien la tiene, acércale un vaso con agua y verás
- Carlitos cogió el vaso que le ofrecía su madre, bebió de él y se lo devolvió sin prestar atención.
- Nos está diciendo como debemos actuar, Ana, nos está mostrando la puerta para acceder a su mente ¡podremos ayudarle!

Y conforme, nosotros crecíamos, el trato entre los cuatro aumentó de forma exponencial, los padres de Carlitos no paraban de interaccionar con nosotros y con su hijo, ellos pasaron a ser Ma y Pa. Sin embargo, nosotros, por razones de especie adquiridas a través de los siglos, teníamos claro que la jerarquía tenía que ver con el tamaño y era evidente quienes la ostentaban.

VI

Cuando llevábamos algunos meses en aquella casa, donde cuidaban de nosotros y nos mantenían, además de mostrarnos su aprecio y

cariño, Tú y yo decidimos que la casa, su contenido y sus moradores nos agradaba y nos convenía, por ello decidimos demostrar a sus habitantes que aceptábamos el inmueble y su contenido por derecho de estancia. Como todo nos pertenecía, decidimos ampliar nuestro territorio colonizando muebles y estanterías, repisas de altura, armarios, escalera de acceso a la terraza, patio posterior y tomamos posesión del jardín de entrada como terreno de esparcimiento preferente que, tanto yo como Tú, patrullábamos constantemente descontando la presencia de Carlitos o sus padres. No obstante, en cuanto rompimos varios jarrones y cortinas, o vieron que el sofá y los sillones estaban llenos de arañazos o que pretendíamos salir por la puerta, escapar por los tejados o explorar el vecindario con demasiada frecuencia, Ma y Pa decidieron que había que acotar nuestros recorridos y aflojar el ánimo expansionista que nos animaba. De nuevo nos metieron en el trasportín y nos llevaron en presencia del señor de la bata blanca, éste decidió de inmediato cual era el tratamiento que debía aplicar para sosegarlos.

Pasamos varias horas en una jaula encerrados sin entender los motivos por los cuales fuimos privados de libertad, finalmente el veterinario y una enfermera, ambos vestidos de verde, con gorro a tono, guantes y mascarilla, nos inyectaron no sé qué substancia

mediante un pinchado que dolía lo suyo, hasta que nos dormimos. El despertar fue lento, pero no doloroso, Tú y yo estábamos en departamentos separados, la enfermera venía a vernos de cuando en cuando, separaba un apósito de algodón que nos habían colocado entre las patas traseras y marchaba, noté un extraño escozor focalizado en mis genitales, estaba todavía algo adormilado y no recordaba nada de lo sucedido, aunque sospechaba que no era nada bueno, puesto que yo antes de venir me encontraba perfectamente y ahora no. Desde el departamento contiguo oí la voz lastimera de mi hermano que me llamaba, pero yo no estaba en condiciones de animarle, me limité a expresarle que estaba en las mismas condiciones y que durmiera un rato.

Al poco tiempo la enfermera nos llevó nuevamente a presencia del veterinario, éste nos observó detenidamente y dio su visto bueno a la operación realizada, luego habló un rato con Ana y Juan dándole cierto número de indicaciones y nos metieron a los dos de nuevo en el trasportín. De vuelta a casa Carlitos nos estaba esperando impaciente y con ganas de jugar, pero ni mi hermano ni yo estábamos en condiciones de atender a sus requerimientos, bebí agua y me tendí en el cojín junto a Tú a descansar un rato, Carlitos, extrañado, interrogó a sus padres con la mirada.

- Déjalos tranquilos, los acaban de operar, dijo Ana.

Carlitos no entendió lo que le decía su madre; sin embargo, comprendió que nosotros no estábamos en nuestro mejor momento, se acercó a nosotros y pasó su mano por la cabeza de Tú, luego lo hizo conmigo, se giró hacia sus padres y balbuceó a modo de pregunta:

- ¿O..per...ar, Ma?

- Si hijo, si, los acaban de operar para que sean buenos. Pronto volverás a jugar con ellos.

- ¡Empieza a hacernos partícipes de sus pensamientos!, exclamó Juan sorprendido por la pregunta de Carlitos, que normalmente se limitaba a encerrarse en su interior y mirar por la ventana.

VII

No tardamos en empezar a movernos por el interior de la casa y volver a jugar con el niño, pero con menos brío y sin demasiado entusiasmo por salir por la noche a la terraza a conversar con los gatos vecinos. Chus, el gato de la familia de al lado estaba sobre el

muro, en su atalaya acostumbrada, era ya algo mayor, tenía casi trece años, nos observó con sospechosa curiosidad.

- Os han castrado, ¿No?, preguntó arrastrando un maullido comprensivo. Los humanos suelen pagarnos así nuestras atenciones, son unos desagradecidos, creen que con proporcionarnos comida y abrigo ya nos tienen contentos, y encima esperan que se lo agradezcamos...

- ¿Qué significa eso de que nos han castrado?, quiso saber Tú.

- Pues que ya no podréis cortejar a las gatas del barrio, resumió Chus, han anulado vuestro deseo, ellas lo notarán y os tratarán de forma distinta, ya no serviréis como compañeros. Sin contar con que los gatos fértiles del entorno os mirarán con desprecio. ¡Bienvenidos al club!, dijo lamentándose, a mí hace años que me lo hicieron.

- ¿Y cómo estás? pregunté yo.

- Bien, pero sin descendencia y, aunque para nosotros eso es poco importante, para las gatas lo es en demasía, por eso se alejan y hacen amistad con gatos vagabundos sin domicilio fijo, resulta difícil relacionarse con ellas.

- ¡Jo, que faena! exclamó Tú.

- ¿Y a ellas no las “operan”? pregunté.

- Si, naturalmente, pero como resulta más difícil y costoso, con frecuencia los humanos optan por opciones temporales, pastillas o inyecciones de efecto reversible y limitado.

- ¡Cuánto sabes, Chus!

-La experiencia y la vejez te hacen sabio, comentó éste atusándose el bigote con la pata. Vosotros acabáis de llegar al barrio, ya os iréis dando cuenta.

Pasamos un rato tomando el sol y haciéndole compañía al vecino, finalmente éste decidió cambiar de sitio y, dando un coletazo en señal de despedida, desapareció por la gatera de su puerta penetrando en el interior de casa.

- ¿Qué te parece, Tú?

- No sé qué decirte Mí, de cualquier forma, eso me parece ya inevitable. No pensemos en ello.

Hacia rato que amaneció, la Luna se deslizaba lentamente por el horizonte como si se dejara caer por los rieles de un tobogán. Desde la cocina sonó un silbido conocido, era Pa que nos silbaba para anunciarnos que nos había llenado la escudilla de comida, a estas cuestiones no había que hacerse esperar, Tú y yo salimos disparados a dar cumplida cuenta de ella, Puede que fuera como

compensación o mala conciencia por la “faena” que nos habían hecho que variaron el menú con una mousse de salmón realmente exquisito, la energía nos retornaba, Tú encontró la bolsa de labor de Ma y sacó de ella una bola de lana que guardaba junto a las agujas con las que estaba tejiendo un jersey para Carlitos, comenzamos a jugar, la bola se fue deshaciendo, la empujamos hasta el comedor y luego continuamos hasta la habitación del niño, el hilo de lana fue marcando nuestra trayectoria hasta que acabó desmadejado por toda la casa. Ma apareció en nuestra búsqueda lanzando improperios con una escoba en la mano, salimos huyendo, Carlitos se despertó y nosotros buscamos refugio colocándonos a su lado, el niño nos abrazó como hacia cada mañana y la madre, enternecida viendo la escena, abandonó la escoba en el suelo y se unió a nosotros besando y dándole los buenos días a su hijo. ¡Ya ajustaré cuentas con vosotros!, dijo a modo de reprimenda por la travesura.

- ¡Mira lo que han hecho! Se quejó Ma mientras vestía a Carlitos, no se les puede dejar solos. El niño sonreía al ver el lio de lana por el suelo y a nosotros dos saltando alegremente sobre ella.

- ¡Largaos de aquí!, gritó Ma mientras se dirigía con Carlitos a desayunar al comedor.

Al mismo tiempo Juan apareció en la estancia alarmado por las voces de su mujer, sonó el teléfono, éste lo cogió y escuchó unos instantes lo que le decían.

- ¿Qué los lleve a la escuela? ..., preguntó extrañado, espera que te paso con Ana y se lo cuentas. Es Carmen, pregunta si es posible que Carlitos lleve a los gatos a la escuela en el trasportín, al parecer quiere que los vean el resto de niños del grupo.

VIII

Por supuesto Ana y Juan accedieron a la petición de la profesora, quedaron que nos recogerían cuando pasase el bus escolar que llevaba a Carlitos, pero como medida precautoria, ambos nos sometieron a una desagradable sesión de manicura, ¡que manía tienen los humanos de cortarnos las uñas! ¿por qué no se las cortan ellos?, nosotros nos pasamos el día afilándonoslas donde podemos para que, en un arranque insospechado ellos cojan las tijeras y destruyan una labor constante ¡claro que tenemos uñas y arañamos!, somos gatos, los pájaros y las gallinas del vecindario tienen plumas, pero a nadie les molestan ni se las quitan. A continuación de la manicura tuvo lugar un cepillado exhaustivo de manto, ¿acaso no

cuidamos nosotros de él lamiéndonos constantemente?, pero el colmo de la intromisión en nuestra intimidad fue que Juan, tal vez por ignorancia tuvo la desafortunada idea de rociarnos con un spray de perfume humano.

- ¡Miauuuuu!, grité desesperadamente para detener aquel atropello.

- ¿Qué te pasa, Mi?, por qué te quejas, ¿no quieres oler bien?

¿Cómo hacerle entender a aquel hombretón que nosotros teníamos un efluvio propio?, nos comunicamos oliendo, nuestro aroma es la marca con la cual anunciamos nuestra presencia y delimitamos el territorio. ¿Quién nos va a reconocer si se nos priva del lenguaje corporal que nos proporciona el olfato? ¡Que humillación!, Tú y yo oliendo a rosas como si fuéramos matas del campo.

Ambos salimos huyendo del spray como si fuera agua hirviendo, por suerte Juan no insistió debido a que Carlitos se interpuso entre nosotros y su padre y nos brindó una salida honrosa; sin embargo, no acabó ahí la cosa, Carlitos, asustado por el enfado de su madre a causa del enredo de la lana, la insistencia de sus progenitores en cortarnos las uñas, el spray perfumado y nuestras quejas y maullidos desaforados, comenzó a gritar de forma desesperada, asustado y alterado en su yo íntimo debido a la incomprensión de la situación y,

sobre todo, al ruido incontrolado que siempre conseguía desequilibrarle y aislarse del entorno.

Sus gritos nos sorprendieron a todos, sus padres dejaron toda actividad para intentar calmarlo del ataque de ansiedad sobrevenido a una situación que escapaba a su comprensión. Tú y yo nos volvimos alarmados al ver al niño en tal estado de descontrol ¿qué sucedía?, mi hermano se acercó a Carlitos lentamente arrastrando la barriga sobre la madera del parquet, signo de sumisión y aprecio evidente, pero el niño seguía gritando, yo hice lo propio como mi hermano, pero añadí mi arma secreta para ablandar a mi madre cuando era cachorrillo y había cometido alguna travesura, más tarde descubrí que sucedía igual con los humanos, me tendí frente a él y adopté mi postura más sugerente, de espaldas al suelo, boca arriba, con las manos separadas, dobladas en el aire y moviendo la cabeza como queriendo decir ¡haz conmigo lo que quieras!. Mi hermano le acarició el tobillo, Carlitos miró hacia abajo y nos vio a su lado, la llantera cesó de inmediato, se agachó y me acarició la barriguita como solía hacer cuando, ronroneando, me dormía sobre su regazo. Ana se abrazó a su hijo y se lo comía a besos para calmarlo. Juan nos miraba sonriente y con los ojos muy abiertos, resultaba evidente que nuestra presencia disminuía el nivel de estrés reinante en la

familia. Los gatos somos grandes observadores de nuestro entorno, pasamos horas mirando lo que ocurre a nuestro alrededor sin interactuar, al igual que Carlitos, eso al parecer es lo que nos unía al niño, eso y nuestro constante ronroneo de satisfacción emitido en una frecuencia que disipa la agresividad entre los humanos.

XIX

Cuando se normalizó la situación Ana le dio el desayuno a Carlitos, mientras éste nos daba pedacitos de cruasán a nosotros, más tarde le vistió su madre y Juan nos encerró en el trasportín y lo colocó cerca de la puerta, a la espera de que sonara el timbre y Carmen apareciera para llevarnos a los tres a la escuela.

- Buenos días, deseó Carmen al entrar, ya veo que estamos todos preparados. Carlitos saludó a la profesora y señaló el trasportín en el nosotros nos hallábamos. Sí, ya veo que nos vamos todos a la escuela, vamos a presentarles a Mí y a Tú a los amiguitos ¡verás que contentos se ponen!

En el autobús viajaban varios niños más que miraban con cierta curiosidad la caja blanca que llevaba Carmen, nos depositaron en

una butaca junto a la de Carlitos y continuamos la ruta de recogida de niños y niñas, en total doce, que asistían diariamente a la Escuela Asperger, llamada así en honor del famoso doctor que dedicó su vida al estudio de las anomalías del comportamiento y la psique infantil. Acudían ella para recibir la terapia complementaria que les permitiría, más adelante, acceder a la escuela normal de la localidad.

La interacción entre las mascotas y los niños era lo que la profesora deseaba experimentar aquella mañana, además de estudiar la manera en que los gatos influían en la relación social de Carlitos con el resto de compañeros. Al poco de entrar en clase los niños se agolparon junto al trasportín para vernos, nosotros teníamos cierta inquietud, no estábamos acostumbrados a ser el centro de observación dentro de una jaula. Tú, y supongo que yo también, estábamos acurrucados en el fondo de la caja para protegernos mutuamente del entorno. La profesora hizo que los niños se separasen del trasportín, sentados en sus mesitas y formando un círculo, luego depositó la caja en el centro y la abrió para que pudiéramos salir al exterior. Carmen deslizó la tapa, pero nosotros no salíamos, permanecimos refugiados en su interior, había demasiada gente esperando en el entorno.

- Diles que salgan, Carlitos, preséntanoslos, solicitó la profesora. El niño, que ya había asumido cierta responsabilidad en cuanto a nosotros, metió la mano en el interior de la jaula, me cogió, me sacó al exterior y, dejándome sobre el suelo dijo al resto: es Mí, y señalando a mi hermano que asomaba la cabeza al exterior del trasportín dijo, se llama Tú, son mis gatos.

- ¿Y tus gatos muerden y arañan?

Carlitos se quedó en silencio meditando la pregunta que no cabía en su lógica de pensamiento. ¿Cómo iban a morderme o arañarme mis gatos?

- ¿Sabéis?, dijo la profesora dirigiéndose al resto de sus alumnos, los gatos, como las personas, no arañan ni se portan mal con aquellos a quienes quieren. Mí y Tú son sus amigos, por eso no quieren nada malo para él, juegan y le entienden. ¿por qué no probáis vosotros a haceros amigos suyos?

Carmen cogió la pelotita que Carlitos llevaba en la mano y la lanzó al suelo, nosotros corrimos en pos de ella tal como éste nos había enseñado. Se armó el revuelo, todos los niños querían coger la pelota, Tú y yo nos sentimos apretujados, pasábamos de mano en mano, corríamos para huir de unos y nos cogían los otros, estábamos sobados constantemente sin poder evitarlo. En uno de los múltiples

revolcones del juego me encontré frente al rostro serio de una niña que me miraba como hipnotizada sin mostrar en su rostro reacción alguna, me acordé de Carlitos cuando no vio por primera vez, me detuve en seco, posé mi mirada en la suya un instante y le acaricié la mejilla con la pata, la niña hizo una mueca parecida a una sonrisa, adelantó su mano y me la pasó por el lomo admirando la suavidad de mi pelaje, luego volvió a adentrarse en su ensimismamiento, pero me pareció entender un mensaje subliminal de ayuda desde lo más profundo de su interior, es ese tipo de diálogo que se establece a través del sentimiento y que nosotros, los gatos, estamos acostumbrados a captar de los humanos, es como una demanda de cariño sin palabras, un deseo de comprensión y acercamiento capaz de disipar la soledad y la incomunicación, ese extraño mal que aqueja sin distinción a la mayoría de los miembros de su especie. La niña me lanzó la pelota al centro del círculo, yo la seguí con la mirada, sus ojos se centraron en mí de forma interrogadora, al tiempo que yo me lanzaba de nuevo a la carrera junto a mi hermano y proseguían de nuevo los juegos con el resto de asistentes, Juanita, la niña, se acercó a Carlitos y dijo:

- Mí, me ha hablado.

- Pero... si sólo maúlla, pensó, ¿qué te ha dicho?

- Quiere que juegue con él y le acaricie, dice que tú ya no le necesitas.

- ¡Pero, si son mis gatos!, yo les doy de comer, duermen y juegan conmigo ¿cómo que nos les necesito? ¿qué es eso de necesitar a alguien?

La profesora suele decir que los niños como nosotros mostramos escaso aprecio por aquellos que nos quieren, que nos cuesta mucho compartir con los demás, ¿sucederá igual con los gatos?

- Yo sí que les quiero, y mucho. Les hablo y me corresponden, al igual que mis padres ¿cómo es posible que digas que no siento aprecio por ellos?, ¿por qué no les pides una mascota a los tuyos?

-Por qué no me entenderían, creen que con atender a mis necesidades físicas es suficiente.

-Házselo saber a Carmen, seguro que ella se lo podrá pedir en tu nombre.

La profesora estaba pendiente de cuanto sucedía en el grupo, entendió que nosotros manteníamos una conversación y no tardó en coger el hilo de lo que tratábamos.

- ¿Tú quieres una mascota, Juanita?

La niña me señaló con el dedo. Carmen me cogió en volandas en plena cabriola, me puso entre sus manos y dijo. Este gato se llama Mí, y es de Carlitos, dile algo

- Gato, Mí, repitió juanita acariciándome la cabeza ¿viene a casa conmigo?

- No. Son de Carlitos, te los puede prestar un rato, como a todos, pero deben irse con él.

- ¿Volverán otro día?

- Claro, cielo, claro que los traerá otro día.

Está hablando, pensó Carmen, se relaciona con los animales, entiende un concepto tan abstracto como la amistad y la propiedad. Ha salido de su aislamiento, comienza a relacionarse. Vamos por el buen camino, las relaciones con las mascotas hay que introducirlas entre sus rutinas diarias. El experimento habría que repetirlo, quizá semanalmente, lo organizaremos para que así sea.

X

Cuando volvimos a casa Ana y Juan se interesaron por cómo había ido la experiencia. Carlitos nos liberó del transportín, salimos corriendo

hacia los cuencos con pienso y agua, y nos perdimos por nuestros lugares de refugio seguros y tranquilos de la casa, la jornada había sido agotadora para nosotros.

- ¿Qué ha ido en la escuela?, preguntó Ana a su hijo ¿qué han hecho los niños al ver a los gatitos?

- Jugar, acariciarlos y tirarles del rabo, no han parado de rodar de mano en mano. Una niña se quería llevar a Mí a su casa, pero la profesora le ha dicho que hablaría con sus padres para que le proporcionasen una mascota, de todas maneras, me ha dicho que los lleve a la escuela un día a la semana, que os lo dijera a vosotros.

- ¿Por qué no?, dijo Juan a su esposa, es una manera de socializar jugando, creo que será bueno para ellos, y para nosotros que nos libraré de sus travesuras durante una mañana.

- Pero seguirán siendo nuestros ¿verdad?, intervino Carlitos preocupado.

- ¡Naturalmente!, aseguró la madre, Mí y Tú son de la familia, permanecerán siempre a nuestro lado

- ¡Uffff!, suspiró Carlitos tranquilizado...

- Pero eso no significa que no los puedas compartir un rato con los demás, los gatitos son seres vivos, tienen emociones y sentimientos,

deben querer quedarse con nosotros por voluntad propia. Su amistad tienes que ganártela, si no lo haces no te extrañe que deseen estar con otras personas.

Carlitos se quedó pensativo ¿qué haría él, si Mí y Tú decidieran marcharse de casa?, instintivamente los buscó con la mirada sin hallarlos.

- ¡Mí, Tú!, ¿dónde estáis?, y al no recibir respuesta comenzó a buscarlos por los rincones que sabía utilizábamos como escondites favoritos, bajo la cama, sobre el armario, detrás del sofá... finalmente observó que la ventanilla de la gatera de la terraza oscilaba y miró por la ventana. Los dos estábamos allí, sobre la pared divisoria del vecino, conversando con nuestro amigo Chus.

- ¡Qué día Chus!, comentaba Tú, doce niños dado la lata sin parar, pelotas, palitos, papeles, bandazos, sobas.... ¡tremendo!

- Sí, ya conozco la sensación, esos enanos diminutos no se cansan en todo el día, pero vosotros sois jóvenes y lo aguantáis todo, a mi edad más de uno se llevaría un zarpazo de advertencia. Por suerte conforme crecen, los humanos, se tranquilizan, ya lo veréis. Yo vivo con una pareja de personas ya mayores, sólo quieren paz y sosiego, tenerme encima del regazo y sobarme constantemente. Hace mucho que no juegan conmigo, salvo cuando viene el hijo a casa, con su

nieto, y me persiguen agitando una varita emplumada para jugar conmigo, ahora el que se cansa soy yo, no el niño.

- ¿De cháchara?, se escuchó un maullido desde la terraza contigua.

- ¡Snefru! ¿dónde has estado tanto tiempo?, pensaba que ya no te vería más.

- He estado de viaje. Mis viejos y yo, tenemos una torrecita en el campo y hemos pasado una temporada allí, dijo el enorme gato negro moviendo el rabo para darse importancia. Yo hubiera pasado más tiempo en aquella casa, añadió, pero el “jefe” se encontraba mal y decidieron venir a que lo visitara un “bata blanca”.

- ¿No estás a gusto aquí?, preguntó mi hermano.

- Me amoldo, respondió Snefru, pero allí se vive la libertad, hay terraza y dos patios donde correr, puedo subirme a un limonero y el campo está lleno de pájaros que perseguir, además, como yo no estoy castrado como vosotros – añadió sarcásticamente - he hecho amigas en la zona. Ahora debo empezar a marcar nuevamente el territorio con mi aroma para que todos sepan que he vuelto. ¿Qué ha cambiado en el barrio durante mi ausencia?

- Que estamos nosotros, respondí yo.

- ¿Vivís en casa del niño de “yeso”?

- Por qué llamas así a Carlitos?

- Pues porque te mira sin mostrar emoción alguna, cree que eres una estatua negra que posee la facultad de moverse.

- Con nosotros sí que reacciona, comentó Tú, es cuestión de hallar la manera de relacionarse con él.

- Sí, aseguré yo, quizá sea poco expresivo, pero te aseguro que es muy analítico y posee una notable inteligencia. Es niño llegará lejos ya lo verás.

- Bueno, no pienso discutir sobre ello, el tiempo dirá. Me voy, añadió, debo comenzar mi ronda, va a oscurecer.

Dicho esto, Snefru se contorsionó para tomar impulso y dar un salto espectacular, escaló la pared como movido por un resorte y desapareció por el patio contiguo sin dificultad alguna.

- Aparte de “chulito”, siempre ha sido un exhibicionista, comentó Chus, se pasa las noches rondando por las terrazas del vecindario. No os extrañe verlo aparecer por la vuestra; aunque lo suyo es ir donde haya gatas, el muy golfo goza de popularidad entre ellas.

- Pues no me parece antipático, dijo Tú.

- ¡No, que va!, es muy agradable, pero también pendenciero, yo lo he visto aparecer por casa con la oreja colgando de alguna pelea con

gatos rivales, el veterinario lo tiene “fichado” como “peleón”; aunque con vosotros puede ser la mar de amable, sois más jóvenes y no estáis en condiciones de rivalizar con sus conquistas. Ya lo iréis conociendo.

Ciertamente estaba oscureciendo, Carlitos golpeó ligeramente los cristales de la puerta para que entrásemos en casa y nosotros, conscientes de que algo nuevo nos íbamos a encontrar en el plato, obedecimos de inmediato.

XI

El tiempo fue transcurriendo con normalidad entre las comunidades humana y felina, Carlitos comenzaba a manifestarse de una manera que sus padres y la profesora consideraban normal, hablaba con desenvoltura, pero lentamente, daba la impresión de que rumiaba las palabras pensándolas dos veces, como si sus razonamientos debiesen superar un filtro lógico que él se imponía. Lo suyo eran las matemáticas, las ciencias físicas y en general todo aquello en lo que concurrían desarrollos métricos y rutinarios; sobre todo, la música, para la cual tenía un oído muy bien dotado. Carlitos no tardó en entrar

en la escuela normal donde comenzó a desarrollar sus aptitudes de concentración profunda.

Como le gustaba y destacaba con la música, sus padres compraron un piano para que estudiara. Poco a poco nos fue sorprendiendo con su talento, practicaba contantemente para dominarlo, hasta lograr tocarlo con soltura para solaz de sus padres y el nuestro. En invierno pasábamos horas escuchándole embelesados, Tú se colocaba sobre la tapa del instrumento y acompasaba el ritmo de su cola con la del metrónomo, Carlitos tocaba y cuando veía que Tú movía las orejas, se detenía y repetía el texto pensando que se había equivocado, nosotros le seguíamos casi dormidos cerca del radiador de la calefacción o tendidos sobre la alfombra del salón, mimetizándonos con el felpudo. Estaba claro que Carlitos, a pesar de que acababa de cumplir doce años, llegaría lejos, utilizaba los sonidos como un lenguaje propio, pensaba moviendo los dedos, saboreaba para sus adentros las notas, arpeggios y rutinas rítmicas, expresaba sentimientos reflexivos que sólo él podía entender; aunque nosotros si le comprendíamos. Nuestro oído, mucho más fino que el de cualquier ser humano, siempre fue capaz de cambiar nuestro estado de ánimo, la armonía nos proporcionaba paz y sosiego, nos amansaba e invitaba a relajarnos. Pero Carlitos, cuando tocaba,

entraba en un trance interno difícil de describir, cerraba los ojos, prescindía de la partitura y parecía desplazarse por un universo paralelo que sublimaba ideas, utilizaba las notas para articular pensamientos que no era capaz de exteriorizar de otra manera. Y nosotros lo sabíamos.

Comenzaba la primavera, la temperatura agradable invitaba a dejar las puertas abiertas, salir al jardín o jugar en la terraza era una forma placentera de pasar los días. Chus pasaba frecuentemente a hacernos compañía, sobre todo cuando Carlitos tocaba, era un melómano nato, disfrutaba oyéndole interpretar.

- ¡Cómo ha cambiado este chico!, comentó, Snefru decía que era el “niño de yeso”, ¡qué poca sensibilidad tiene!

- ¿Qué sabes de él?, hace tiempo que no aparece por las terrazas.

- Ahora está ocupado, le vi hace algunos días. Al parecer está entusiasmado con una gata pelirroja de origen alemán que vive en el bloque de enfrente, se llama Luciana y debe pesar alrededor de siete kilos, en realidad no sé si es gorda o está embarazada, la primavera es el tiempo del amor para los gatos, supongo que no tardaremos en ver bebés por el barrio.

Nosotros estuvimos varias veces más en la escuela, de hecho, hasta que Carlitos dejó de asistir a las sesiones, pasó al ciclo educativo

normal, comenzó la enseñanza media y la compaginó con sus estudios de música en el conservatorio. Ana, la madre, siguió colaborando con el centro de niños autistas junto a la profesora y nosotros la acompañamos para apoyar sus clases de empatía, sin pretenderlo nos convertimos en una suerte de gatos socializadores y, a decir verdad, nuestra labor nos agradaba.

XII

Corría el mes de agosto, de madrugada Tú y yo oímos unos quejidos extraños en la terraza, todos dormían, nosotros nos asomamos por la gatera y escudriñamos la oscuridad en busca de la fuente de aquellos sonidos. Algo se movía en un ángulo de la terraza, junto a la pared, justo debajo de la leñera de la barbacoa, nos acercamos con cautela y pudimos comprobar que allí esta Luciana, tendida sobre su costado, rodeada, lameteando y dando de mamar, a cinco diminutos gatitos que acababa de parir, nos acercamos para verlos de cerca, pero Luciana nos soltó un gruñido de advertencia y nos separamos a prudencial distancia. Chus asomó la cabeza, estaba escondido detrás de la chimenea.

- ¡Ya os lo dije!, comentó al vernos. No se os ocurre acercaros a los cachorrillos, las madres se ponen muy agresivas en este lance y podrían lastimaros.

- ¡Y yo también!, bramó colérica la voz de Snefru, mostrando su negra figura erizada desde lo alto de la pared, ¡desapareced, meteos dentro de casa y no alborotéis!

Tú y yo lanzamos una furtiva mirada a la camada y a su madre y decidimos que lo mejor era hacer caso a los más veteranos, dimos la vuelta y penetramos de nuevo por la gatera. No hicimos ningún ruido, pero permanecemos despiertos el resto de la velada, cerca de la puerta y atentos a lo que allí pasaba. De madrugada volvimos a asomar la cabeza, allí seguían Luciana y los bebés, no habían cambiado de sitio. Por la mañana, quizá extrañados por nuestra prolongada permanencia junto a la vidriera, Ana se asomó a la terraza a ver qué sucedía y descubrió la escena.

- ¡Juan, ven! gritó llamando a su marido, ¡mira lo que hay aquí!

Entre ambos conyugues dispusieron una caja de cartón para protegerlos de la intemperie y sendos cuencos con comida y agua para Luciana. A nosotros nos mandaron para adentro de la casa y cerraron el pestillo de la gatera para que no importunáramos. En cierta manera Ana y Juan decidieron apadrinar a los pequeñines y a

su madre hasta saber qué hacer con ellos. Los días transcurrieron, los mininos fueron creciendo, había dos machos y tres hembras de variados tomos de color, que constantemente se salían de la caja de cartón y se movían libremente por toda la terraza, alguno de los más osados se acercaba a la cristalera e intentaba jugar con nosotros. Chus observaba desde su atalaya y Snefru, quizá imitando a su homónimo Faraón, acudía alguna que otra noche a ver a los que, se suponía, eran hijos suyos. Transcurridos dos meses Luciana no podía retenerlos dentro de la caja, los traviesos gatitos habían crecido lo suficiente, alborotaban lo suyo y, finalmente, los humanos decidieron que había llegado la hora que hacer algo con ellos.

XIII

Fue Carmen, la profesora, quien entendió que aquellos cachorrillos podrían encontrar el mejor acomodo entre los alumnos de su escuela y así pasarían a formar parte, como mascotas, de su experimento de socialización con los niños autistas. Los cinco gatitos fueron separados de su madre, metidos en una caja, como en su día nos sucedió a nosotros, y viajaron hasta la escuela. Todos los niños querían uno, pero no había suficiente para todos, Carmen seleccionó

los alumnos que, a su juicio, más se iban a beneficiar de su compañía y, después de hablar con los padres, ofreció los cachorros en adopción de manera selectiva.

Luciana estaban desconcertada, no encontraba a sus hijitos, pasó varios días buscando y merodeando por las cercanías sin hallarlos. Fue Chus, siempre tan terrenal, quien le hizo saber que no los volvería a ver más, nosotros le aseguramos que estarían bien atendidos, pero ella abatida y con una tristeza infinita, buscó a sus bebés hasta que finalmente se resignó ante lo inevitable.

Que los cachorros se hagan mayores y marchen de casa es ley de vida, a nosotros nos sucedió igual, nos separaron de nuestra madre sin opción alternativa, los humanos no suelen adoptar colonias de gatos, salvo con fines de contención. Finalmente, Luciana aceptó y asumió la pérdida, regresó a su antigua casa y tardamos bastante en saber de ella; sin embargo, Snefru se asomaba de vez en cuando por la pared y miraba hacia la barbacoa con curiosidad, pero al comprobar que ya no estaba la caja, Luciana ni las crías, se desentendió del asunto y continuó con su vida de nómada ocasional, hasta la próxima temporada.

La bajada de temperaturas predecía la llegada del invierno, en casa la calefacción funcionaba a tope, un día la terraza amaneció tapizada

con un palmo de nieve, estaba próxima la Navidad, lo inusual e inesperado del espectáculo nos llenó de curiosidad y alegría, Tú y yo nos revolcábamos sobre la nieve y, al poco rato alternábamos acurrucándonos junto al radiador para secarnos y entrar de nuevo en el acogedor y confortable calor de la casa. Para nosotros, a pesar de que nuestra edad biológica casi cuadriplica la de los humanos, todo, incluso el mero hecho de vivir, seguía siendo un juego; sin embargo, el tiempo no pasaba en vano, las energías menguaban a pesar de que nos manteníamos en activo. No pasaba lo mismo con Chus, mucho mayor que nosotros, su vitalidad se fue apagando, aparecía poco por la terraza y el cambio de tiempo le afectaba de manera diferente; también el hecho de que hubiera fallecido uno de sus cuidadores le sumió en un estado de melancolía, hacía tiempo que no sabíamos nada de él y sospechábamos lo peor. Preguntamos a Snefru, pero éste siempre estaba en otra “onda”.

Juan entró en casa con un precioso abeto para decorar durante las fiestas, entre sus ramas veíamos brillar luces y bolitas de colores embadurnadas con harina y espumillón, en su base colocaron una especie de cueva con figurillas simulando un nacimiento humano, flanqueado por dos animales de mayor tamaño, con cuernos, que les daban calor con su aliento. En casa todo era alegría, Carlitos, sus

padres, sus abuelos y nosotros dos, recibimos regalos y pasamos una velada memorable.

XIV

Carlitos, ahora ya era Carlos, triunfaba en la música, daba conciertos en distintos lugares y viajaba constantemente, Ana y Juan estaban pendientes de sus noticias y nosotros les hacíamos compañía durante sus ausencias. En esas fechas entrañables y a requerimiento de Carmen, la profesora, Carlitos dio un concierto para los alumnos actuales de su antigua escuela, nos llevaron con ellos y pasamos una tarde muy agradable rodeados de niños y las mascotas de éstos, los hijos de Luciana, que ya eran casi de nuestro tamaño y, por supuesto, no nos conocieron. Carlitos, en su deseo de animar a los niños, nos colocó sobre la tapa del piano durante todo el concierto, como hacía siempre en casa, Tú y yo causamos sensación por nuestra inmovilidad, al final los aplausos fueron compartidos. Nuestros congéneres, mucho más jóvenes y movidos que nosotros, tomaron el relevo jugando entre los asistentes. En realidad, pensamos, la vida sólo es un pasar y nosotros ya comenzábamos a ser gatos viejos para según qué cosas.

A principios de enero, Tú comenzó a encontrarse mal, se le hinchaba la barriga y entre sus ronroneos se mezclaban lamentos dolorosos, comía poco y pasaba largas horas inmóvil.

- ¿Qué te sucede?

-Estoy cansado, Mí, creo que no tardaré en irme con Chus.

- ¡No digas tonterías! ¿con quién iba yo a jugar entonces?, comenté intentando animarle. Juan te llevará a que te vea el veterinario y te pondrás bien, no te desanimes.

- Lo dudo, fue la respuesta de Tú, los felinos no solemos quejarnos, aguantamos el dolor hasta que éste se acaba. Pero no somos tontos por más que los humanos se empeñen en considerarnos siempre como niños a su lado, vete haciendo a la idea Mí.

Ana se percató del extraño comportamiento de mi hermano, comentó con su esposo la situación y decidieron intervenir, por la tarde lo metieron en el trasportín y salieron por la puerta dejándome solo. Tú me miró a través de la reja con una mirada triste que parecía una despedida, permaneció tres días en la clínica veterinaria. No lo volví a ver más.

Aunque yo no les entendiera, en casa comentaban lo sucedido, Tú tenía un cáncer de hígado, la cosa no tenía arreglo, decidieron

sacrificarlo para evitar sufrimientos inevitables y situaciones desagradables asociadas.

- ¡Pobrecito!, decía Juan entristecido, apoyaba la cabeza entre mis manos y me lamió mientras el sanitario le inyectaba la ponzoña. Su mirada se centró en la mía hasta que un imperceptible palpitar me anunció que ya no estaba conmigo. No pude detener las lágrimas, dijo a Ana, el veterinario me aconsejó salir de la estancia, él se encargaría del resto. Pedí que lo incineraran, fue un buen gato y nosotros le debíamos mucho, Carlitos se llevará un gran disgusto cuando se lo digamos.

XV

Ignorante de cuanto había sucedido, yo buscaba a Tú por la casa, no era raro que mi hermano se escondiera en el cajón de cualquier armario y se pasara horas sin dar señales de vida; sin embargo, no aparecía. Llegó la noche, tarde o temprano debería aparecer por el comedor o el cajón der arena y monté guardia en las inmediaciones, tampoco le vi venir, luego salí a la terraza y le busqué en las zonas habituales que solíamos visitar. Nada.

Empecé a comprender que me había quedado solo, la tristeza y el desánimo me atenazaban, perdí el apetito, las ganas de jugar y únicamente deseaba estar tumbado, sin moverme. Juan y Ana estaban preocupados por mí, comprendían mi tristeza, me consolaban con mimos y carantoñas, pero era inútil, nada era igual. La ausencia de Tú me hizo comprender lo que se siente con la soledad, poco a poco me volví taciturno como Chus, me pasaba largas horas del día y de la noche meditando sobre los muros de la terraza, como hacia él, contemplando el vecindario desde su atalaya, viendo pasar las nubes empujadas por el viento, contemplando la luz de la Luna al anochecer y admirando la salida del Sol al despuntar el alba. Cierta día descubrí una camada de cachorritos que había parido una gata en un patio vecino. Me acordé de Luciana, pensé en mi madre, en Tú y yo de pequeñitos, comprendí que la vida es un constante discurrir de sensaciones, acepté que estaba pasando mi tiempo, que la vida fluye independientemente de quienes ocupen la realidad en cada momento.

Carlitos tocaba para mí para relajarme, él entendía tanto como yo lo que era vivir sumergido en tu interior, procuré adaptarme a la situación intentando no pensar constantemente en los amigos que me precedieron. Consideraba, quizá de una manera poco racional -

cosa innegable en nuestra especie - que no tardaríamos en volvernos a encontrar y jugaríamos de nuevo, corriendo y saltando juntos por el sinfín de patios que llenan la ciudad, y que la extienden hasta perderse en el inconmensurable cielo.

FIN